

Pablo Alberto Gómez Morán

LAS GUERRAS DE LOS HIJOS DEL SOL

Tomo I

Leyendas de los antiguos
pueblos andinos y australes



Las guerras de los hijos del sol

© Pablo Alberto Gómez Morán, 2018

Primera Edición

Tiraje: 500 ejemplares

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-9978-16-295-8

© Eskeletra Editorial

Dirección Editorial: Ramiro Arias

Diagramación: Nieves Egoavil

Diseño portada: Alfredo Ruales

Ilustración: Francisco Morales (ÑAWPA)

Corección: César Montalvo

Quito: 12 de Octubre y Roca (esq.)1 piso Ofic. 102

Telefax: 2556691 / Casilla postal 164-B Quito

E-mail: eskeletra@hotmail.com

Web: www.eskeletra.com

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio electrónico, mecánico, foto-óptico, o cualquier otro sin la autorización escrita de la editorial.

Prólogo

Cuando analicé los diferentes mitos y leyendas de los pueblos antiguos andinos en Sudamérica, especialmente de la región andina y de los principales pueblos australes, noté una gran diversidad y complejidad, tan rica y variada como las grandes mitologías de otras culturas. Pero también me di cuenta, con tristeza, que habían historias que se contradecían o no llegaban a un desenlace coherente. Algunas leyendas tenían dos y hasta tres distintas historias; otras estaban desfasadas en el tiempo o no llevaban una cronología lógica, lo que para cualquier lector que quisiera adentrarse en el mundo mitológico de estos pueblos antiguos, esto le resultaría confuso y frustrante al no existir una conexión entre las diferentes leyendas de un mismo mito. Por ejemplo, en la mitología andina, en una se dice que Pachacámac fue el primer gran dios creador del mundo, igualmente se habla en otras de Viracocha o de Inti y hasta el mismo Wakon. Diferente caso es el de la fundación de Cuzco; en una se dice que fue Manco Cápac y Mama Ocllo quienes fundaron la ciudad, y en otra leyenda que fueron los hermanos Ayar; y así muchas historias se interponen o se contradicen, lo que

al principio me causó una verdadera confusión, como me sucedería con las demás mitologías australes.

Hay que tomar en cuenta que cuando se trata de explicar el origen del mundo, para los antiguos habitantes de la región andina este era concebido tal como lo observaban a simple vista; no lo percibían como una esfera suspendida en el espacio como lo aceptamos nosotros hoy en día, ayudados por los instrumentos científicos modernos que nos lo muestran así. En aquellas lejanas épocas ellos concebían a la tierra en que vivían como una región plana e inmensa y, más allá, en la lejanía, el ancho mar sin límites, y en el cielo al Sol dominando los días, apareciendo por el este y ocultándose por el oeste; y en las noches las estrellas ocupaban su lugar, iluminando el firmamento nocturno junto a la gran esfera de la Luna. Al amanecer estas simplemente desaparecían para dar paso nuevamente al sol saliente, que luego de completar su ciclo diurno, era reemplazado constantemente por el cielo nocturno con sus miríadas de estrellas, en el que la Luna era la gran guardiana de las noches. La tierra que habitaban era simplemente todo su mundo; ni siquiera se imaginaban la existencia de otras regiones o continentes más allá de sus fronteras conocidas. Algo semejante con los habitantes de las regiones australes, quienes consideraban que sus tierras eran las únicas existentes; pues no estaban enterados o no tenían conocimiento de la existencia de otras regiones y reinos más allá de

sus fronteras al estar muy alejados entre sí. Situación que cambiaría drásticamente cuando se sucedieron las grandes movilizaciones militares o simplemente en búsqueda masiva de mejores tierras para subsistir, lo que causó devastadores conflictos que son narrados en esta historia.

Se utiliza en esta obra ciertos temas o sucesos históricos, envolviéndolos en un marco de ficción, creando así una gran novela de género fantástico que ojalá satisfaga al lector. Hecha esta aclaración, necesaria por cierto, es mi deseo poner las mitologías de nuestras culturas sudamericanas a la altura de las grandes mitologías universales como la sumerio-caldeo, greco-romana, celta, nórdico-germánica y las de grandes obras literarias de fantasía épica de escritores clásicos y contemporáneos, las cuales me han servido de inspiración para crear esta historia basada en las leyendas y mitos de los pueblos antiguos andinos y australes.

En resumen, esta obra está dividida en dos partes: la primera es una recopilación de varias leyendas muy antiguas de la región andina, pero ampliadas con nuevas historias, empezando con la creación de esta región, las Tierras Altas y sus áreas de influencia, como si fuera un mundo propio, pasando luego por la guerra de los Gigantes contra los grandes poderes, disputándose el control de la Tierra del Ñawpa Pacha o Mundo de los Tiempos Antiguos, las posteriores batallas entre

los dioses por regentarla, hasta la organización de los humanos en sociedades bien establecidas. Aunque aquí es necesario aclarar, como se explica brevemente en la segunda parte, que casi al mismo tiempo de la creación de este mundo, otros dioses surgieron por la misma época hacia el sur, creando otras regiones, las regiones australes, tan vastas como la primera; y cada una de ellas era considerada por sus pueblos como un mundo en sí, diferente de los demás, con sus propios dioses, su propio sol y luna; y más alto aún, su propio firmamento con sus estrellas.

Antes que existieran todas las regiones, el vacío y la oscuridad primigenia lo ocupaban todo, y junto con ellos los grandes espíritus creadores también existían desde la eternidad. Y cuando comenzaron sus tareas creadoras, cada uno por su cuenta, sin que ninguno de ellos se enterase aún de la existencia de los mismos, creando en sus respectivos dominios las diferentes regiones, sostenidas por la fuerza del vacío y en medio de la oscuridad primigenia, lo hicieron, sin proponérselo, como si estas regiones fueran enormes piezas que luego encajarían perfectamente en un gigantesco rompecabezas, el cual finalmente completaría la configuración definitiva del mundo. La creación de las regiones australes será amplia y detalladamente explicada en una próxima entrega.

La segunda parte de esta obra se narran los hechos y acontecimientos relacionados entre las poderosas

fuerzas que se habían formado, tanto de humanos como de dioses, y que llevaron a los terribles desenlaces de disputas y confrontaciones por el predominio sobre la región de las Tierras Altas, la Tierra del Kay Pacha o Mundo del Presente, y posteriormente por gobernar todas las regiones; es decir, el mundo entero.

Todas las tierras de las regiones del mundo en su conjunto tenían la forma de un gigantesco triángulo invertido, con la parte más ancha hacia el norte, ocupada mayormente por la región central, el extremo norte, y las vastas tierras salvajes hacia el este, regiones cuyas fronteras septentrionales se perdían en límites imprecisos con tierras pobladas por tribus salvajes, con las cuales se tenían poco o ningún contacto. A medida que se iba avanzando hacia el sur, las tierras del mundo se angostaban, terminando en el extremo sur, ya en la Gran Isla de Tierra del Fuego, en una punta, como si fuera el final del cono del gigantesco triángulo invertido.

Esperando satisfacer el deseo de muchos lectores amantes de la literatura épico-fantástica oriundos de estas tierras, quienes han esperado durante mucho tiempo que se escribieran historias basadas en las mitologías de nuestras culturas antiguas andinas y australes y las pusieran en un alto sitial dentro de las demás mitologías universales: mundos fantásticos, dioses, gigantes, monstruos, hechiceros, ejércitos impresionantes, batallas épicas y viajes increíbles; todo ello ambientado con paisajes maravillosos de

las serranías, pampas, selvas y desiertos de nuestras diversas y maravillosas regiones como fondo, desfilan por este libro inspirado en un marco de ciertos hechos históricos, que espero sea del agrado de los lectores jóvenes, y no tan jóvenes también, ávidos de nuevas historias fantásticas.

El autor

PRIMERA PARTE

ÑAWPA PACHA

La creación del mundo y la rebelión de los Gigantes

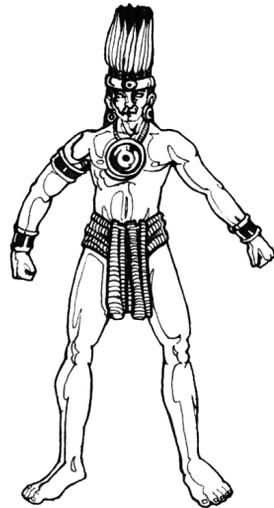
En un principio fue la Oscuridad Primigenia y el Vacío que lo cubrían todo. Pero en un momento dado de la eternidad, un tenue punto de luz y el agua comenzaron a originarse. Muy pronto las aguas se expandieron y cubrieron vastas extensiones del infinito vacío. No había nada más; solo agua, vacío y oscuridad. Y entonces, en un determinado instante de la oscura eternidad, el tenue punto luminoso fue emergiendo desde las profundidades de los mares oscuros hacia la superficie. A medida que esta luz salía a la superficie fue tomando forma: la de un ser que emitía un resplandor con el que iluminaba una extensa zona acuosa y del vacío oscuro el mundo primigenio.

Este ser, con apariencia humana, que vestía majestuosamente ropaje de realeza y corona de oro adornada con plumas de vivos colores se hizo llamar posteriormente Viracocha, el Maestro Creador,

el Primer Sol del Mundo, permaneció suspendido en el Vacío, a pocos metros de la superficie de las aguas, durante un prolongado momento. Al encontrarse solo en medio de la vastedad sin límites, el dios deseó, muy dentro de su corazón, cambiar esta desolación y crear un mundo en el cual ya no se encontraría solo ni rodeado de penumbras. Entonces, elevando sus manos hacia lo alto, comenzó su obra creadora primero formando el Cielo, muy por encima de la vasta extensión de los mares. Luego, alzando nuevamente sus manos, Viracocha hizo emerger desde las profundidades de los mares grandes extensiones de tierra firme. Con gran estrépito, la enorme masa de tierra comenzó paulatinamente a ascender desde los abismos acuosos, llevando agua consigo mientras emergía hacia la superficie, desparramándola por los bordes como innumerables torrentes de ríos y cascadas impetuosas por doquier. Al poco rato, las masas continentales quedaron firmemente establecidas por sobre el nivel de las aguas marinas. Tan vastas eran estas tierras, que compitieron con las aguas en extensiones y límites sin fin. En medio de las amplias regiones de tierra firme formó dos grandes cadenas montañosas que recorren paralelamente el mundo de norte a sur. Terrible fue el nacimiento de estas altas cordilleras; con dolores de parto las parió la Tierra, sacudiéndola espantosamente al abrirse paso desde sus entrañas profundas. Y entre

estas dos prolongadas cordilleras procedió a formar amplias mesetas y valles de tierras altas, con llanuras y bosques exuberantes. Pero todo esto aún estaba en oscuridad, porque el dios todavía no había dado luz al mundo. Estas tierras, creadas por Viracocha en los comienzos del tiempo, constituyeron en sí finalmente la que se conoció posteriormente como la región central y del norte del mundo.

Luego de ordenar el cielo y la tierra firme, y para no estar solo en la inmensidad de aquel mundo primitivo, Viracocha procedió a crear numerosos seres similares a él en forma y sustancia: los Hijos Mayores, vástagos de su pensamiento y voluntad, los cuales ayudaron posteriormente al gran dios en las tareas de la creación y de ordenar el mundo. Pero estos Hijos Mayores fueron creados originalmente en cuerpos de espíritus, por lo que también se los llamaba al principio los Grandes Espíritus; aunque luego tomaron la forma que su padre había adoptado en el comienzo del tiempo, es decir,



con cuerpos físicos, forma con la que permanecieron siempre, similar a la que también darían luego a los humanos, pasando a llamárselos desde entonces como los Grandes Poderes. Entre los principales Hijos Mayores estaban: Pachacámac, Wakon, Pacha Mama, Illapa, Wayra, Mallko, Apu, Huari, Supay, Huallallo Carhuando, Tulumanya, Mama Sara, Coco Mama, Copacati, Pariacaca, Atipa, Temenduare, Aricute, Catequil, Paricia, la gran serpiente Hurkaway, la serpiente alada Amaru; y muchos otros dioses, tanto mayores como menores; estos últimos que también tomaron formas de cuerpos físicos permanentes. Todos estos dioses, tanto mayores como menores, permanecieron al principio junto al gran dios.

Viracocha además creó a los enormes Apus, los Grandes Espíritus de las Montañas, cuyas moradas estaban situadas en las altas cumbres de las cordilleras y en el interior de los volcanes; y a los Espíritus Menores de bosques, ríos, quebradas, lagos, cascadas y fuentes de agua, a cuyo cuidado estaban destinados estos seres. Los Grandes Espíritus y sus hermanos menores no tomaron formas físicas, sino que conservaron sus formas de espíritus, aunque podían tomar formas físicas momentáneas si así lo deseaban.

Después de crear a los numerosos Hijos Mayores y Menores, a los Grandes Espíritus de las Montañas y a una infinidad de Espíritus Menores, el dios siguió con

su plan de creación. De unas enormes rocas moldeó unas figuras de gran tamaño, de las cuales surgirían los Gigantes, seres de la raza de los hombres, descomunales y dotados de gran fuerza. Los Gigantes muy pronto se multiplicaron y habitaron grandes extensiones de la tierra recién creada.

Luego de esto continuó su obra creadora tallando en piedra, con sus propias manos, las figuras de los primeros seres humanos. A estas figuras de piedra, a medida que les dio nombres de hombre y mujer, se animaron y cobraron vida. Muy pronto se multiplicaron, entonces Viracocha procedió a situarlos en la Tierra destinados para ellos; es decir, fuera de los territorios que ocupaban los Gigantes y Espíritus Menores. Inmediatamente el gran dios creó también a las enormes bestias y monstruos del mundo primitivo; y a toda clase de animales, grandes y pequeños; y a las criaturas que poblaron las vastas extensiones de agua y del aire; y a las plantas, tanto pequeñas como a los grandes árboles.

Ahora bien, el Ñawpa Pacha o Mundo de los Tiempos Antiguos, que al principio permaneció en oscuridad absoluta desde el momento de la creación del mundo, a partir de la formación de las diferentes razas de dioses, de hombres y de toda clase animales, estuvo iluminado tenuemente de ahí en adelante por el resplandor del Titi, un enorme puma salvaje y ardiente que Viracocha

había colocado en la cima del mundo (el firmamento), un lugar muy alto en los límites del Cielo, por encima de las nubes y de las más altas montañas de la Tierra. Desde allí, suspendido en el Vacío, el Titi alumbraba con su poca luz la faz de la Tierra; y los truenos, que resonaban por todas partes, eran considerados, en los albores de aquel mundo primigenio, como la manifestación de sus terribles rugidos.

Una vez completada toda la creación, Viracocha ordenó a sus criaturas recién creadas a que vivieran en paz y armonía y le adorasen. El dios estaba satisfecho de sus obras y ahora se aprestaba a disfrutar del trabajo de sus manos y a recibir la veneración de todos sus hijos y demás criaturas que había engendrado con el poder de su voluntad. Fue así que, cierto día, a él acudieron sus numerosos Hijos Mayores y Menores, Espíritus de las Montañas y Espíritus Menores, los Gigantes, y también los Hombres, quienes se aglomeraron a su alrededor. Viracocha, que estaba de pie en la cima de una alta montaña solitaria en medio



de un gran valle al norte de la región de Tiahuanaco, en el centro del mundo, escuchó sus plegarias y se sintió complacido.



Es necesario aclarar aquí que cuando Viracocha engendró a los Grandes Poderes e Hijos Menores, estos fueron concebidos con libertad de conciencia para actuar y hacer lo que ellos decidieran libre y voluntariamente, sin ataduras ni sometidos a la voluntad del creador, siempre y cuando estas decisiones no interfirieran con los propósitos y deseos del monarca del mundo. También es importante recalcar que al momento de la creación de los Hijos Mayores gran parte del poder de Viracocha pasó a sus vástagos, disminuyendo considerablemente el suyo. Pero aun así, con el poder que conservó, fue suficiente para estar muy por encima de ellos y su autoridad en el mundo no fue discutida y estos tampoco

se atrevieron a cuestionarlo; aunque muy dentro de sus pensamientos algunos de ellos ansiaban arrebatarse el trono en lo posterior. Por lo pronto se limitaron a obedecer al soberano. Sin embargo, Viracocha no estaba dispuesto a que ellos lo desobedecieran, so pena

de severas consecuencias; por lo tanto, estos decidieron que no era el momento oportuno para rebelarse y esperaron pacientemente el momento adecuado. No obstante y a pesar de ello, Wakon, uno de los Hijos Mayores y más poderoso, no estaba dispuesto a esperar demasiado tiempo, y buscó la manera de apoderarse del trono y arrebatárselo al Supremo Dios. Como veremos más adelante, estas desobediencias y disputas por el trono del mundo trajeron la guerra y el caos y fueron de devastadoras consecuencias para las demás criaturas sobre la faz de la Tierra.

“Solo no podré derrocar a Viracocha del trono del mundo” —se decía Wakon para sus adentros con maliciosa intención—, “...y a mis hermanos es imposible que pueda vencerlos en una batalla por sí solo. Pero quizás logre hacerme de unos aliados poderosos para lograr mis propósitos”. Y diciendo esto, puso manos a la obra y comenzó a fijarse en la raza de los Gigantes y a relacionarse en los años siguientes. Estos, que eran tan grandes como una montaña, se habían multiplicado en gran número a través de los años y constituían una gran fuerza, incluso temida en secreto por los mismos Hijos Mayores y Grandes Espíritus. Los Espíritus Menores, quienes frecuentemente se encontraban con los Gigantes en sus desplazamientos por las regiones de la Tierra, huían al contacto con estos, temerosos de su gran fuerza y corpulencia.

De negras y largas melenas hasta la altura de los hombros y vestidos con pieles de grandes bestias que cazaban para alimentarse, los Gigantes, de aspecto temible y cuerpos musculosos y ligeramente encorvados, a más de llevar largos y pesados troncos de grandes árboles a manera de garrotes, estaban provistos de largas y puntiagudas protuberancias óseas que les sobresalían hacia atrás desde los codos, con las que eran capaz de apuñalar mortalmente a sus contrincantes en una pelea. Tenían también otras protuberancias como cuernos con las puntas un poco curvadas hacia atrás en los hombros y a lo largo de la espalda, saliéndoles de la columna vertebral. Además, de sus bocas les sobresalían cuatro largos colmillos, como a los jabalíes, lo que les aumentaba aún más su terrible aspecto. Para ellos, este temor que les tenían sus otros hermanos de la creación no les había pasado inadvertido; pero por lo pronto no se atrevieron a encarar a sus poderosos hermanos mayores, pues sabían de lo que estos eran capaces con sus poderes, aunque también los Hijos Mayores temían la fuerza y poder de aquellos hombres de dimensiones colosales. Al frente de estas huestes de gigantes estaba el más alto y fuerte de ellos, al cual obedecían y seguían los demás.
